

tidas; en una palabra, de enfermos de todo género. Tal vez así fué al principio, pero á fines de la república y bajo el imperio, allí se encontraban más gentes sanas que enfermas, y estas bellas campiñas eran una morada de placer más bien que de dolor. 1.

Calígula iba allí á dar al mundo espectáculo de sus ruinosas extravagancias. Neron se trasladaba á aquel lugar acompañado de mil carruajes y de dos mil mulas cargadas de dinero; Popea le seguía rodeada de quinientas asnas cuya leche componía el baño de la cortesana, con objeto de hacer su cútis más blanca y más suave. 2. Todos los grandes del imperio marchaban siguiendo las huellas de su señor, y variaban sus placeres según sus caprichos. Unos hacían cavar piscinas semejantes á dos palacios; su gusto estaba en alimentar en ellas, haciendo grandes gastos, los pescados más raros. Hortensia hubiera consentido más bien en sacar de su caballeriza mulas de tiro para dárselas que en hacer lo mismo con un solo viejo barbo de su piscina. La salud de sus pescados le era más querida que la de sus esclavos; cuando los primeros estaban enfermos, se inquietaba mucho más de que no tuviesen agua demasiado fría que hacerla beber á los últimos. 3. Craso, que pasaba por un hombre grave; Craso, hombre censorial, se puso listo por una lamprea muerta en su casa y la lloró como hubiera llorado á su hija. 4. Esta degradación era ya general en los tiempos de Ciceron. «Nuestros grandes, escribe el célebre orador, se muestran tan contentos como si se trasladaran al cielo, cuando están en sus piscinas de viejos barbos que van á comer en la mano, y no se ocupan de los negocios del Estado.

1 Strab., V., p. 255 Dion. XLVIII p. 442.

2 Plin., I, XI, 41.

3 Varron., R. R. III, 17.

4 Macreb., Saturn., II, 11.

.1 «Antonia, nuera de Tiberio, ponía aretes á sus lampreas que amaba con pasión.» 2.

Pero en general la sociedad que se reunía en Baja se entregaba á una vida más voluptuosa. La reputación de aquel lugar estaba tan bien establecida, que bastaba respirar su aire para perder todo sentimiento de pudor y de virtud. 3. Es «preciso huir de Baja, decía Séneca, esa es la cloaca de todos los vicios, *diversorium vitiorum*; la prostitución hace de ella su teatro; en ninguna parte se muestra más emprendedora, ni se presenta con más libertad, como si esta vida licenciosa fuera en aquellos lugares una deuda indispensable. 4. Se encerraban todos durante el calor del día, pues por la tarde todo el mundo salía. Entonces el Laverno y el Lucrino se llenaban de bañadores y bañadoras que unían al placer del baño el de la natación, y surcaban á nado la superficie trasparente y dócil de aquellas hermosas aguas. 5. En medio de aquella multitud de hombres y de mujeres que podían haberse tomado por los tritones y las nereidas de aquellos lagos, se deslizaban millares de pequeñas barcas de todas formas y de todos colores. Los paseos se prolongaban hasta muy tarde; se comía en el agua, se perfumaba el lago con rosas deshojadas que casi ocultaban á la vista sus ondas. Orquestas colocadas en las orillas del lago ó escalonadas en el flanco circular de las montañas, acompañaban con sus conciertos aquellos paseos y aquellas comidas; y durante toda la noche solo se oían sinfonías y canciones líbricas, repetidas por los ecos de los alrededores. 6.

Me engaño, á los cantos de la voluptuosidad mezclaba la crueldad de su lúgubre voz.

1 *Ad Attic.*, II, 1.

2 Plin. IX, 53.

3 Ciceron *pro Caelio*, 20; Mart., I, 63.

4 *Epist.*, 51.

5 Propert., I, 11, V., 11.

6 Senec. *Epist.*, 15, etc., etc.

En aquellas orillas encantadas corría la sangre humana en honor de Augusto, Macron sofocaba á Tiberio, Calígula arrojaba á sus cortesanos á las olas, y Neron mandaba el asesinato de su madre.

¡Lujos! ¡deleites! ¡crueldades! tales fueron las últimas palabras con las cuales resumieron Pouzzoles y Baja á la brillante sociedad que habitó sus riberas al descender ésta á las sombras de la noche.

22 DE FEBRERO.

Pompeya. —Historia y ruina de la ciudad. —Aspecto general. —Impresiones. —Exámen de los edificios religiosos, civiles y privados. —Reflexiones.

«En Pompeya, la antigüedad no es aquella antigüedad vaga, remota, incierta, esa antigüedad de las ruinas mutiladas de Pouzzoles, de Baja y de otros países; menos todavía aquella antigüedad de los libros, de los comentadores, de los arqueólogos; es la antigüedad real, viviente, en persona, si puede llamarse así; se la puede seguir, ver y tocar.» Antes de llegar á esta ciudad, única en el mundo, nos pareció conveniente conocer su historia. Pompeya, situada al pié del Vesubio, sobre el río Sarno, era una de las ciudades más importantes de la Campaña. Su posición hacia que formara el centro comercial de Herculano, de Stabia y de Nuceria, contaba cerca de veinticinco mil habitantes. Fundada por los Etruscos ó los Griegos, fué convertida en colonia romana por Sylla, y llegó á ser, como todos los alrededores de Nápoles, una morada de delicias para la alta sociedad del imperio. Ciceron, que tenía vilas en todas partes, tenía una en Pompeya, cuyas comodidades y cuyo gusto iguala á él á la villa de *Tusculum*: *Tusculum et Pompcianum valde me delectant*. El año 63 de la era cristiana, un temblor de tierra causó grandes perjuicios en Pom-

peya; pero sus huellas habían ya desaparecido casi completamente, cuando la terrible erupción del Vesubio del año 79 hundió aquella desgraciada ciudad, así como á Herculano y á Stabia; Herculano era, según se dice, una ciudad de cuarenta mil almas; la población de Stabia no es muy conocida. Para asistir en cierto modo á la espantosa catástrofe, cuyos efectos íbamos á reconocer después de mil setecientos años, nos vino el pensamiento de leer la descripción en Dion Casio y en Plinio el Joven, testigo ocular.

Hé aquí sus palabras: «El 1.º de Noviembre del primer año del reinado de Tito, una hora después del medio día, se percibió por el lado del Vesubio una gran nube de una forma singular y que semejante á un pino, se levantaba desde luego á una altura considerable y formaba como un tronco, desde el cual se escapaban muchas ramas. Esta nube era ya blanca, ya ceniza, ya sembrada de manchas. Entretanto, todo se hacía espantoso en la naturaleza; la tierra temblaba; la cima de las montañas ondulaba; había ruidos subterráneos semejantes al ruido del rayo, que se mezclaban á largos mugidos que hacían resonar las costas del mar; el suelo se calentaba, el golfo de Nápoles hervía y el cielo tenía color de fuego; parecía que todos los elementos desencadenados se hacían una guerra en que los hombres iban á ser víctimas. Repentinamente el fuego subterráneo, causa de aquella terrible conmoción, venció los obstáculos y el Vesubio lanzó á los aires piedras de un tamaño prodigioso que rodaban desde lo alto de la montaña. Salieron del cráter columnas de llamas y bien pronto fueron seguidas de un humo tan espeso que oscureció el sol y cambió el día en una noche espantosa.

Entonces el espanto llegó á su colmo; cada cual creía llegada su última hora. Creíase ver en aquellas horribles tinieblas

gigantes y fantasmas armados unos contra otros; parecía que el mundo iba á volver á entrar al caos arrastrando consigo á los mismos dioses. Unos abandonaban sus casas agitadas y prontas á caerse sobre ellos, para buscar su salvacion en las calles y en los campos; otros huían de los campos á las ciudades y á las casas; los que estaban en el mar se esforzaban por ganar tierra y los que estaban en tierra corrían hácia el mar."

Entretanto, llegan inmensas nubes de cenizas que llenaron el aire, la tierra y el mar. Estas llegaron hasta Roma en cantidad bastante para oscurecer allí también el día. La sorpresa fué igual al terror, porque la causa de este extraño fenómeno no era todavía conocida más que en Campaña. "Aquí, añade Plinio, caían en una lluvia tan abundante y tan rápida, que estando yo en Misena, distante cinco leguas del Vesubio y viéndome obligado á sentarme con mi madre á un lado del camino, temiendo que la multitud que huía en tu multo nos matase en la oscuridad, era necesario levantarnos incesantemente para sacudir la ceniza, que sin esta precaucion nos hubiera cubierto y hasta sufocado." 1

Mientras estas nubes de cenizas ardientes sepultaban bajo una capa de 12 piés de espesor á Pompeya y á Stabia, torrentes de lava vomitados por el cráter y mezclados con cenizas, arena y agua hirviente, corrían por las calles de Herculano, penetraban á las bodegas, se elevaban en las habitaciones y luego enfriándose formaban una masa compacta que no permitió ya distinguir ni forum, ni edificios, ni ciudad. Lo que añadía horror á esta escena era la espantosa oscuridad que reinaba en todas partes. "La noche, continúa el mismo testigo, era, no lo que es la noche más oscura en pleno campo, cuando no se ven ni luna ni estrellas, sino lo que es en un

1 Lib. VI, Epist. XVI y XX ad Tacit.

cuarto bien cerrado después que se han apagado todas las luces. 1" De vez en cuando aquellas tinieblas espantosas que duraron tres días, estaban iluminadas por intervalos, no por el brillo del día sino por el resplandor de las llamas que se lanzaban del cráter. Después venía de nuevo la noche, y la lluvia de cenizas más espesa y más abundante. En fin, el día se presentó; cada cual hizo de sus ojos y llevó sus miradas á los objetos que le rodeaban. Todo estaba cambiado y trastornado, el mar había perdido sus límites, y la tierra cubierta de montones de ceniza, como á veces lo está por la nieve en los días de invierno, presentaba el más desolador espectáculo. 2"

Resulta de esta relación, que la catástrofe sucedió con bastante lentitud para permitir á los habitantes que huyeran; de ahí viene el poco número de esqueletos hallados hasta hoy en las excavaciones.

Como quiera que sea, el recuerdo de las desgraciadas ciudades quedó en la memoria de los habitantes del país, aunque la llanura uniforme que las haya cubierto haya hecho olvidar su verdadera situación. Con razón, por ejemplo, los *gulas* y los *cicerone* suponen á Pompeya vuelta á encontrar hasta el último siglo. "Y desde luego el anfiteatro, situado fuera de la ciudad, en medio de los campos cultivados, levanta, aunque está sin gradas, su segundo rango de arcos á 6 ó 7 metros encima del terreno, é inclinándose y arrastrando con la vista la superficie de la tierra, se ve que ha debido desaparecer cerca de un metro del primer rango. Además, la parte superior y el entablado no han sido destruidos sino sucesivamente y por el trascurso del tiempo. Así, desde la catástrofe de Pompeya, este anfiteatro, que existía tan cerca de Nápoles, en un país tan po-

1 Id., id.

2 Plin., *id., id., in Dio. Tito.*

blado, no ha podido escaparse á las miradas; este era un signo siempre subsistente y un testimonio de que la antigua ciudad debía estar sepultada en las inmediaciones. Además, una antigua inscripción parece indicar que el emperador Alejandro Severo mandó cavar las cenizas de Pompeya y que estas investigaciones le procuraron estatuas, columnas y preciosos mármoles. A principio del siglo décimosexto, esta ciudad, que yace en ruinas todavía en pie, era tan bien conocida como hoy.

Hé aquí lo que dice de ella Sannazar: "Esta ciudad, que se presenta á nuestra vista, llamada Pompeya y célebre en otro tiempo, fué sepultada por un temblor de tierra, habiéndole faltado el piso, según creó; género de muerte extraño y horrible para una nación desaparecer en un instante del número de los vivos. . . . Hablando así, ya estábamos muy cerca de la ciudad que era objeto de nuestras reflexiones, porque se podían ya distinguir las tierras, las casas, los teatros y los templos casi intactos. En 1572 el conde de Sarno al mandar cavar un canal subterráneo para conducir agua á la Torre, atravesó y cavó en diagonal la playa de la ciudad: descubrió en ella todavía casas, calles, templos y otros monumentos." Un siglo después, Maerini en su obra de *Vesubio* dice que conjeturaba que el sitio llamado *Civita* debía ser Pompeya; y añade que no es solo el nombre de *Civita* el que lo conduce á creerlo, sino también que ha reconocido él mismo construcciones enteras, ruinas de grandes paredes y pórticos en parte fuera de la tierra. Es, pues, evidente que esta ciudad no fué nunca olvidada después de su catástrofe y que la tradición y algunos monumentos todavía aparentes conservaban su recuerdo; pero el momento en que debían ocuparse de ella seriamente, no había llegado todavía. Por fin en 1748 algunos campesinos, al abrir

una fosa, descubrieron todavía habitaciones, estatuas y objetos que servían para el uso de la vida. Desde entonces Pompeya atrajo la atención de todos los sabios de la Europa y volvió á entrar en su gloria. 1

Herculano la había precedido algunos años solamente. En 1713 el príncipe d'Elbeuf, Manuel de Lorena, al mandar edificar una casa de recreo en Portici, descubrió sin esperarlo una gran cantidad de mármoles, á 60 piés bajo del suelo. El rey de Nápoles, que llegó á ser propietario de la casa del príncipe d'Elbeuf, continuó las excavaciones y en 1736 se reconoció la existencia de una ciudad entera: esta era Herculano. En cuanto á Stabia se han limitado todos á encontrar no más el lugar que ocupaba.

El escombrar á Pompeya fué empresa que tomó con actividad el rey Murat; ochocientos obreros trabajaban en ella sin descanso. Hoy apenas se cuentan cuarenta; al paso que van las excavaciones es preciso esperarse cerca de quinientos años para tener el gusto de gozar del aspecto de la ciudad entera, porque las murallas descubiertas de 1812 á 1813, muestran que apenas se ha descubierto la cuarta parte de Pompeya.

A buena hora llegamos en coche á una de las puertas de la ciudad silenciosa. Un veterano, con la carabina á la espalda, y un cicerone con sombrero en mano, se adelantaron á recibirnos. Según nuestra costumbre, quisimos tener una idea general de la ciudad antes de examinarla en particular, y dimos una vuelta á las murallas. Pompeya, situada al Sur-Este del Vesubio, en una llanura ligeramente accidentada, describe un óvalo abierto hácia el centro y que se extiende de Noreste á Sureste; su circunferencia es de cerca de 9 kiló-

1 M. Fulchiron, *Inmediaciones de Nápoles*, p. 336.

metros. La parte todavía sepultada de la ciudad está cubierta de viñas y de árboles frutales, plantados en una tierra movediza ó más bien en una ceniza gris de prodigiosa actividad. En este lugar y en los costados más inmediatos al Vesubio se recoge el *lacryma Christi*.

Las murallas de Pompeya tienen todos los caracteres de la más remota antigüedad. Forman un recinto continuo sin ningún ángulo saliente; esta posición en el sistema militar de los antiguos favorecía la defensa de la ciudad. Los baluartes se componen en general de un piso y de dos paredes: á ellos se sube por escalones bastante anchos para permitir á muchos soldados que pasen de frente. Una parte de la muralla ha sido minada, ya por el temblor de tierra del año 63, ya por Sylva cuando se apoderó de la ciudad el año 666 de Roma. Las murallas están flanqueadas por once torres de tres pisos con una puerta secreta para favorecer las salidas. Pompeya tiene cinco puertas: la de Herculano está precedida y seguida de otras tres, dispuestas de modo que pueden prolongar la defensa, en caso de que el enemigo hubiera forzado la primera entrada. En la parte exterior de la muralla adyacente á esta puerta se *colocaban los carteles*, es decir, que allí se escribía con un pincel en caracteres rojos ó negros lo que se quería hacer saber al público. Al tiempo del descubrimiento se leían todavía allí los restos de un cartel por el cual se anunciaban *dos combates de gladiadores de Rufo y una caza en el anfiteatro con velarium*.

Los edificios de Pompeya, así públicos como particulares, son de una construcción noble, elegante, sin tener la pureza de la agricultura griega. Las casas en general tienen dos pisos, pero las habitaciones son pequeñas. Se encuentra casi en todas partes la misma forma y la misma distribución; no hay diferencia notable más que en

el tamaño y en los pormenores de lujo, proporcionados á la fortuna de los propietarios; casi todas las fachadas están pintadas de rojo. Hasta ahora se han descubiertos veintidos calles; las que rodean el Forum y los teatros son amplias y regulares, las otras son generalmente estrechas y tortuosas. Todas tienen pavimento de anchas losas del Vesubio y están limitadas con banquetas á uno y otro lado. De trecho en trecho se ven pretilles que sirven para consolidar las banquetas ó montar á caballo. La mayor parte de las calles, hechas en forma de calzada, son bastante anchas para que dos carros puedan pasar juntos; conviene observar que los carros antiguos no tienen más que cuatro piés de vía. Bajo las banquetas se notan vacíos por los cuales corrían las aguas pluviales á los desagües, y de allí al mar, cuyas olas bañaban los muros de la ciudad.

En casi todas las esquinas se encuentran fuentes de buena arquitectura que recibían sus aguas de largos acueductos establecidos entre la ciudad y las montañas. Están generalmente adornadas con bajos relieves que representan cabezas de dioses, de animales á quienes sin duda estaban dedicadas, ó cuyos nombres llevaban. Como en nuestras ciudades actuales, pretilles de granito rodeaban las fuentes y las protegían contra las ruedas de los coches. En las encrucijadas se ven todavía pinturas ó altares consagrados á los dioses tutelares de las calles, llamados *Lares compitales*. En las diferentes partes del pequeño santuario hay frescos que representan los sacrificios ofrecidos á aquellas divinidades; se ve casi en todas partes una ó dos serpientes que engullen los manjares consagrados. El pueblo bajo sobre todo tenía una devoción particular hácia aquellas especies de divinidades, á las cuales se le ve presentar en un platillo, frutas, flores, legumbres, etc.

Después de este golpe de vista general, bajamos al interior de la ciudad. ¿Cómo expresar la impresión que se experimenta al recorrer calles solitarias en donde los carros que las atravesaron hace dos mil años, han dejado la huella profunda de sus ruedas; aquellos templos con sus columnas, y sus altares, pero vacíos de sacerdotes y de dioses; aquellos teatros con sus palcos, sus gradas, su escenario, y sus pórticos, pero sin actores ni espectadores; aquellas fuentes bien conservadas y que ya no corren; aquellas basílicas y aquellos forum, ruidosos puntos de reunión de los ociosos y de los hombres de negocios, en los cuales no se encuentra más que algunas lagartijas que huyen al aspecto de los vivos? Hé aquí las Termas con sus salas del baño frío, del baño caliente, del baño tibio, así como los nichos en donde se colocaban los peines y los pomos de perfumes; pero ¿dónde están los bañadores voluptuosos que hacían uso de ellos? Hé aquí las tiendas con los pesos y las balanzas; pero ¿en dónde están los comerciantes y los compradores? Hé aquí la hospedería de Albino; pero nada de viajeros en las habitaciones, nada de mula atada á los anillos de hierro delante de la puerta del establo.

En fin, hé aquí las casas de los particulares; pasad sin temor delante de la habitación del perro, ese fiel animal ya no existe; entrad á la cocina, mirad las chimeneas y los utensilios, pero nada de fuego, ni manjares, ni cocineros; penetrad al exedro ó sala de recibo, recordad el jardín y las recámaras; nadie las ocupa, y además es tal la conservación de todas estas cosas, tal la frescura de las pinturas decorativas, tal el brillo de los mosaicos y de los pavimentos de mármol precioso, que se cree entrar á una casa edificada la víspera. Se vé uno tentado de sentarse á esperar que lleguen los señores de la casa; y

hace diez y siete siglos que estos señores se hayan ausentes... no volverán ya... por todas partes soledad profunda, silencio solemne que apenas interrumpen el coloquio fugitivo del cicerone y del extranjero que viene de lejos para visitar aquella necrópolis, ó de paso del veterano, ruina ambulante que vela sobre aquellas murallas, ó la piocha del trabajador que desentierra lentamente algunos rincones de la ciudad sepultada viva y mucho mejor conservada bajo su cubierta de cenizas que la momia egipcia en su triple cubierta de bandas perfumadas.

Los edificios que visitamos en particular son los siguientes: El *Pantheon* ó templo de *Augusto*. Este soberbio edificio en forma de rotonda, servía de tesoro público y de sala de banquete: está sostenido por doce columnas y rodeado por once cámaras destinadas á los sacerdotes ó á los principales habitantes cuando había festines públicos. Los frescos que decoran el interior son de una pureza de dibujo y de una frescura sorprendente; pero la mayor parte representan asuntos lúbricos ó escenas de mesa; mas allá del recinto está el *Triclinium* de los sacerdotes.

El templo de *Venus*, uno de los más notables de la ciudad, está situado á la izquierda del Forum. Sus dependencias están adornadas con pinturas, y las inscripciones que cubren algunas de sus partes recuerdan los ricos presentes ofrecidos á la diosa, así como la restauración del colegio de sacerdotes consagrados al culto de la impura divinidad.

El templo de *Jupiter* se levanta no lejos del de *Venus*, en la extremidad del Forum. Forma un vasto y largo cuadro, al cual se llega por muchos escalones; la fachada vuelta hácia el Forum produce un hermosísimo golpe de vista.

El templo de *Mercurio* rivaliza con el de *Venus*, pero es más pequeño. El tem-